

# Mentiras arriesgadas

**Félix García-Moriyón**

Profesor de Enseñanza Secundaria.

Estamos metidos ya en pleno fregado de la discusión de la ley de calidad de la enseñanza en las cortes generales. Anda con prisa el gobierno y su ministra de educación y eso nos lleva a una discusión acelerada de todas las enmiendas. Es decir, les lleva a no discutir seriamente ninguna. La suerte parece que está echada y, salvo acontecimientos fortuitos e imprevisibles por el momento, en un plazo no muy breve tendremos ley y podrá iniciarse el proceso de regeneración del sistema educativo español. Como yo soy funcionario público y mi cargo es vitalicio, puedo contemplar estas cosas con una mayor tranquilidad. Al fin y al cabo, llevo viviendo proyectos de reformas, aplicaciones de reformas, revisiones de reformas y contrarreformas desde que empecé a trabajar en la enseñanza, hace ya la friolera de 32 años, de los que 23 han sido en la enseñanza pública. La ministra no deja de ser una interina, como lo fueron todos los que le precedieron en el cargo y de ahí pueden proceder sus prisas; ella también quiere dejar su huella en la historia de la educación española. Tiene la enorme ventaja de que lo más probable es que cuando se empiece a aplicar su contrarreforma (curso 2003-2004) ella esté a punto de dejar el cargo y no le toque verificar *in situ* lo que ocurra.

Por otra parte, puede que lo que escriba a continuación no tenga ya ningún sentido y puede también que todo haya sido dicho. No obstante, también puede que sea imprescindible seguir insistiendo. A los que estamos a pie de obra, a quienes damos clase todos los días a un alumnado algo más complicado que el que tenemos hace muchos años, estas discusiones nos vienen bien. Compartimos problemas, estrategias para hacerles

frente y de ese modo mantenemos elevada la moral, un bien escaso en los tiempos que corren.

Empiezo, por tanto, con una afirmación clara y quizá polémica: la ministra y sus asesores simplemente mienten y sus mentiras son harto arriesgadas por las consecuencias que puedan traer en su día. Existen sin duda muchos problemas en la enseñanza, como toda la vida, pues de una tarea difícil y problemática se trata. De todos modos, los problemas no son exactamente los que ella dice.

Hay un fracaso escolar, al menos tal y como se mide por los resultados académicos y por las encuestas internacionales. Eso sí, el fracaso es menor del que era hace tan sólo unos años. Al mismo tiempo, nuestros índices educativos son similares a los que tenemos en otros índices de igual o mayor importancia. Ocupamos un puesto relegado en conocimientos fundamentales, pero también lo ocupamos en el Índice de Desarrollo Humano que publica la ONU todos los años, o en lectura, o en investigación básica y aplicada, o en inversión educativa, o en becas de estudios... Si nos fallan dimensiones variadas de la vida cultural, quizás no sea tan grave el fracaso escolar, o quizá sea más grave todavía de lo que parece.

En todo caso, desde que accedieron al poder andan las gentes del Partido Popular obsesionadas con mostrar que la enseñanza está muy mal y hacen estudio tras estudio. Los datos no confirman sus catastrofistas apreciaciones y eso les lleva a ocultar la información de la que disponen en el Instituto Nacional de Calidad y Evaluación. Mal empiezan nuestras autoridades académicas si ofrecen datos sesgados y parciales. No es extraño que se aferren como gato panza arriba a la encuesta de la OCDE y se hagan eco del malestar existente entre un sector abundante del profesorado de secundaria. Deben pensar que repi-

tiendo hasta la saciedad esos resultados conseguirán que su visión distorsionada de la realidad sea pura y simplemente la realidad.

Con todo y con eso, no es esto lo que más me preocupa. Ya he dicho que nuestros resultados académicos no son ninguna maravilla y que debiéramos tener unos niveles más elevados. La ministra, sin embargo, agrava la ceremonia de la confusión al intentar explicar las causas de la situación actual. Su análisis no puede ser más superficial: toda la culpa la tiene la reforma anterior, y de forma especial la promoción automática, la comprensividad con sus grupos homogéneos y la falta de esfuerzo del alumnado. Como ya el análisis del fracaso era simplista, no puede ser menos la explicación del mismo.

No quiere ofrecer los datos que hablan de la diversa distribución geográfica del bajo rendimiento académico. Nada dice de la doble red educativa auspiciada por la administración, que consiente con absoluta dejación de sus responsabilidades que el alumnado más conflictivo, el que requiere mayor atención pedagógica, el que necesita apoyo constante y profundo para alcanzar los objetivos, esté concentrado en los centros públicos, mientras que los concertados y los privados se los quitan de encima incumpliendo todas las normas vigentes. Guarda silencio sobre la pobre labor que en estos momentos está desempeñando la inspección educativa, que no ejerce más que la rutinaria e inútil tarea burocrático-administrativa de ratios, cupos y otras menudencias, sin tocar nunca nada que tenga que ver con la actuación pedagógica de profesorado y centros educativos, profesorado al que no se le exige nunca una elemental rendición de cuentas. Oculta igualmente el hecho de que sigue sin existir un planteamiento de lo que debe ser la formación inicial y continuada del profesorado de se-

cundaria; personas con una licenciatura bajo el brazo y un absolutamente inútil y degradado certificado de aptitud pedagógica, se enfrentan impotentes a un alumnado adolescente problemático con el que no saben ni por dónde empezar. Al profesorado de primaria sólo se le exige una diplomatura, sin admitir que la tarea educativa a esas edades es tan importante que sería necesaria una formación universitaria para abordarla. Tampoco menciona cómo han ido bajando los presupuestos educativos en los últimos años, alejándonos de los índices de inversión en enseñanza que nos homologarían a otros países con los que queremos compararnos en rendimiento.

Insisto, la explicación de las causas de los problemas educativos y del malestar docente no puede ser más pobre y deficiente. Asistimos a un auténtico espectáculo de retórica ideológica en el que cuatro lemas bien presentados han intentado sustituir toda posible discusión. Se trata de ideología en su sentido más negativo: ocultación interesada de la realidad. Como doy por supuesto que nadie llega a tan altas responsabilidades políticas sin poseer una sólida preparación, casi me veo obligado a pensar que están mintiendo sin ningún rubor. Es posible que hayan terminado creyéndose sus propios embustes.

Datos sesgados y análisis pobre de las causas de la situación: la consecuencia lógica de ese punto de partida es la propuesta de soluciones que no van a mejorar casi nada. A golpe de confusos incentivos y recuperación del cuerpo de catedráticos pretenden mejorar el rendimiento del profesorado. Un cuerpo de directores casi profesionalizado deberá suplir la ineficacia de la inspección. Una estructura más piramidal y jerarquizada en los

centros va a lograr una mayor implicación de las familias, del alumnado y del profesorado en los retos educativos que tenemos planteados. Sigue en la penumbra el modelo de formación del profesorado, esperando que algún día cuaje una propuesta mínimamente creíble.

Para que el alumnado se esfuerce más, se le plantea claramente la amenaza de la repetición de curso, descargando sobre sus hombros la responsabilidad de un fracaso del que con frecuencia es más bien víctima que verdugo. Además se les amenaza con sucesivas revalidas de las que dependerá la obtención del título. Para que mejoren las buenas actitudes, se recupera el perfil académico duro de la asignatura de religión. Como su comportamiento no es del todo respetuoso con las normas de convivencia, habrá que derogar el reglamento de derechos y deberes del alumnado y reimplantar un sistema disciplinario más duro. Si todas esas medidas no sirven para nada, llegada la incipiente adolescencia se les desvía a un itinerario alternativo, puente de espera entre una vida escolar degradada irreversiblemente y un mísero puesto de trabajo cuando cumplan los 16 años.

Todas estas medidas no van a costar mucho y por eso la ministra no necesita acompañar la ley de un proyecto económico. Bastará con incrementar las subvenciones a la enseñanza concertada para garantizar que los niños acudan gratuitamente a centros privados en la etapa infantil. Para abaratar costos, también se puede perpetuar el escandaloso porcentaje de interinos que en estos momentos llena los centros públicos. Esto último tiene además la ventaja de que serán ellos quienes tengan que cargar con la ardua tarea de intentar educar al alum-

nado desviado a ese itinerario terminal. Los resucitados catedráticos, el profesorado más antiguo, el más cualificado según los planteamientos de la ministra y sus asesores, se cuidarán muy mucho de descender a esos niveles a dar clase. Tampoco lo hará ese sector del profesorado que tanto apoya a su ministra, ese sector que reclama la posibilidad de enseñar matemáticas o lengua o historia, y quiere que le quiten del aula a quienes en la enseñanza obligatoria tienen otras necesidades educativas.

Esta ley de calidad tiene muy pocas posibilidades de arreglar nada y bastantes de empeorar la situación. Si existe alguna mejora será la que se derive de ocultar la realidad. En la próxima encuesta de la OCDE nos haremos cargo entre todos de que el alumnado que ha sido desviado a los itinerarios terminales no participe. De ese modo, habrá subido inmediatamente el nivel educativo del país. La ministra pasará y con ella su reforma. Algunos profesores, más de los que la ministra piensa, seguiremos empeñados en educar a todo el alumnado, incluidos aquellos que tienen más dificultades. Es más, probablemente nos dediquemos con mayor interés precisamente a quienes más lo necesitan. Decidí ser funcionario público en su día para prestar un servicio a la sociedad, no para ser cómplice de las estrategias de selección y exclusión con las que siempre se ha pretendido mermar el potencial democrático e igualitario de un buen sistema público de enseñanza. Porque posiblemente sea ése el meollo de su reforma y de sus mentiras arriesgadas: desean recuperar para el sistema educativo la tarea de selección social, exclusión y legitimación de la profunda desigualdad social y económica de los ciudadanos españoles.